

El progreso del Peregrino (XXIV)

Continuación

Entonces dijéronse los peregrinos entre sí: Preciso nos es llamar a Aquél que es poderoso para pedirle fuerzas.

PASTORES - Sí, y preciso os será también emplearlas una vez recibidas.

En esto manifestaron los peregrinos deseo de proseguir su camino, y los pastores convinieron en ello, y así anduvieron juntos hasta salir de las montañas. Entonces dijeron los Pastores unos a otros: "Vamos a mostrar a estos peregrinos la puerta de la Ciudad Celestial, si es que tienen habilidad para mirar por nuestro anteojo." Cristiano y Esperanza aceptaron la invitación, y llevados a la cima de la otra montaña llamada Clara, recibieron el anteojo.

Procuraban mirar, en efecto, pero el recuerdo de lo que habían visto últimamente hacía temblar su mano de tal manera, que no podían ajustar el anteojo a su vista; sin embargo, creyeron divisar algo que parecía ser la puerta, también algo de la gloria del lugar. Con esto se despidieron e iban cantando por su camino:

"Secretos nos revelan los Pastores Que están, para otros hombres, bajo velo;
A ellos venid, pues son reveladores De "bellas cosas que nos guarda el cielo."

Al despedirse, uno de los Pastores les dio una indicación del camino; otro les intimó que estuviesen prevenidos contra el Adulador; el tercero les aconsejó que se guardasen de dormir en el terreno Encantado, y el cuarto les deseó buen viaje en compañía del Señor. Entonces yo desperté de mi sueño.

CAPITULO XVII

Conversación con Ignorancia; situación terrible de Vuelve-atrás; robo de Poca-Fe; Cristiano y Esperanza, por no consultar la nota del camino que se les ha dado, caen en la red de Adulador.

Volví de nuevo a dormir y a soñar, y vi a los dos peregrinos bajando la montaña por el camino que llevaba a la ciudad.

Pero más abajo de las montañas hay un país que se llama de las Ideas fantásticas, del cual sale al camino por donde iban los peregrinos, una sendita tortuosa. Aquí, pues, encontraron a un joven atolondrado que venía de dicho país; se llamaba Ignorancia. Preguntado por Cristiano de qué parte venía y adónde se dirigía, respondió:

IGNORANCIA - Nací en aquel país de la izquierda, y voy a la Ciudad Celestial.

CRISTIANO - Pero, ¿cómo cree usted que va a entrar? Porque es posible que a la puerta encuentre usted alguna dificultad.

IGNORANCIA - Como entran otras buenas gentes.

CRISTIANO - Pero, ¿qué puede usted presentar para que le franqueen la entrada?

IGNORANCIA - Conozco bien la voluntad de mi Señor, y he vivido bien; doy a cada uno lo suyo, oro, ayuno, pago diezmos y doy limosnas, y he abandonado mi propio país para dirigirme a otro.

CRISTIANO - Pero no has entrado por la portezuela que está al principio de este camino; te has colado por esa senda tortuosa, y así me temo que por más que pienses bien de ti mismo, en el día de la cuenta encontrarás que, en vez de darte entrada a la ciudad, te acusarán de ser ladrón y robador.

IGNORANCIA - Caballeros, sois enteramente extraños para mí; no os conozco; seguid en buena hora vosotros la religión de vuestro país, yo seguiré la del mío, y espero que todo saldrá bien. En cuanto a la puerta de que me habláis, todo el mundo sabe que está muy distante de nuestro país, no creo haya uno siquiera en todo el país que conozca el camino de ella, ni eso debe importarnos tampoco, pues tenemos, como veis, una agradable y fresca vereda que nos trae a este camino.

Peligros en el Castillo de las Dudas



1. Allí los metió en un calabozo muy oscuro, hediondo y repugnante. Desde el miércoles por la mañana hasta el sábado de noche estuvieron allí sin una miga de pan ni una gota de agua. Estaban en muy mal estado.



2. Cuando se fue a acostar el Gigante Desesperación consultó con su esposa Desconfianza sobre qué sería bueno hacer con los prisioneros. "Apaléallos sin misericordia," le aconsejó.



3. A la mañana siguiente los apaleó de tan horrible manera con su garrote que no pudieron moverse, sino que quedaron como muertos.



4. Entonces los dejó. Todo aquel día lo pasaron entre gemidos y suspiros. La noche siguiente la esposa del gigante le dijo que debía aconsejarles que pusiesen fin a su existencia. Cuando amaneció, pues, les dijo que su único remedio era suicidarse, fuera con cuchillo, cuerda o veneno. Ellos le rogaron que los dejase ir. Con esto les acometió de tal manera que sin duda los hubiera acabado...



5. ...a no ser porque le dio un ataque (de los que siempre le daban en tiempo de sol) el cual en aquel momento le privó del uso de sus manos. Por esta razón se retiró.



6. Cuando el gigante regresó por la tarde, los encontró apenas vivos. El gigante se enojó furiosamente, y Cristiano se desmayó.



7. Al irse el gigante, Esperanza trató de animar a Cristiano: "Cuán valiente has sido," le dijo. "Sigamos siendo pacientes."



8. Esa noche la esposa del gigante lo persuadió a que llevara a los prisioneros al patio del castillo. "Muéstrales los huesos y las calaveras de los que ya has matado. Así hizo a la mañana siguiente.



9. "Yo despedacé a estos peregrinos," les dijo, "y así haré también con vosotros." Entonces los apaleó por el camino hasta llegar de vuelta al calabozo. A la medianoche comenzaron a orar y continuaron hasta el amanecer.

Al ver Cristiano a este hombre, que así se tenía por sabio en su propia opinión, dijo en voz baja a Esperanza: —Más esperanza hay del necio que de él (Pr 26:12). —Y añadió: —Mientras va el necio por su camino, fáltale la cordura, dice a todos, Necio es (Ec 10:3). ¿Qué te parece, seguiremos hablando con él, o nos adelantamos por de pronto y le dejamos para que medite sobre lo que acaba de oír, y luego le podremos aguardar, para ver si poco a poco es posible hacerle algún bien?— Contestóle Esperanza: — Soy de tu mismo parecer: no es bueno decírselo todo de una vez; dejémosle solo por ahora, y luego volveremos a hablarle, según nos brinde la ocasión.

Adelantáronse, pues, e Ignorancia siguió un poco más atrás. No estaban aún muy delante, cuando entraron en un paso muy estrecho y oscuro, donde encontraron a un hombre a quien habían atado siete demonios con siete fuertes cuerdas, y le volvían otra vez al postigo que los peregrinos habían visto en la falda del collado (Mt 12:45; Pr 5:22).

Un gran temblor se apoderó de nuestros peregrinos al oír esto. Sin embargo, según los demonios iban llevando al hombre, Cristiano le miró con atención para ver si le conocía, porque se le ocurrió que podía ser un tal Vuelve-atrás, que vivía en la ciudad de Apostasía; pero no pudo ver su cara, porque la llevaba baja como un ladrón que acaba de ser sorprendido; pero cuando hubo pasado mirando hacia atrás, Esperanza distinguió un papel en sus espaldas con este letrero: "Cristiano licenciado y maldito apóstata." Entonces Cristiano dijo a su compañero: —Ahora quiero recordar una cosa que me contaron de un buen hombre en estos sitios. Se llamaba Poca-Fe, pero era hombre muy respetable y vivía en la ciudad llamada Sinceridad, y le sucedió lo siguiente: Cerca de la entrada de este paso estrecho, bajo la puerta del camino ancho, hay una senda llamada Vereda-de-los-muertos, y se llama así por los muchos asesinatos que en ella ocurren. Ahora bien; este Poca-Fe, estando en su peregrinación, como nosotros ahora, se sentó casualmente aquí y se echó a dormir. Sucedió entonces que venían vereda abajo desde la puerta del camino ancho tres villanos de brío: Cobardía, Desconfianza y Culpa, todos tres hermanos, y descubriendo a Poca-Fe donde yacía dormido, se acercaron a él a todo correr. Entonces ya se había despertado de su sueño y se estaba preparando para continuar su viaje.

Habiendo, pues, llegado los tres, con lenguaje amenazador le mandaron detenerse. Poca-Fe se puso en extremo pálido, y no tuvo fuerzas ni para luchar ni para huir. En esto dijo Cobardía: —Entrega tu bolsa— y no dándose prisa a hacerlo (porque le dolía perder su dinero), corrió hacia él Desconfianza, y metiendo la mano en su bolsillo, sacó de él una bolsita llena de plata. Poca-Fe gritó a toda voz: —¡Que me roban, que me roban!— En este momento, Culpa, que tenía un formidable garrote en su mano, descargó tal golpe en su cabeza que le tendió en el suelo, donde yacía echando sangre a torrentes. Entretanto los ladrones estaban alrededor de él; pero oyendo de repente pasos que se acercaban, y temiendo que fuese un tal Gran Gracia, que vive en la ciudad de Buena-Esperanza, huyeron a toda prisa y dejaron a este buen hombre abandonado a sí mismo. Al poco rato volvió en sí Poca-Fe, y levantándose como pudo, siguió su camino; esto es lo que me han contado.

ESPERANZA - ¿Pero le quitaron todo lo que tenía?

CRISTIANO - No; precisamente se les escapó registrar el lugar donde tenía escondidas sus alhajas, pero según me contaron, el buen hombre sintió mucho su pérdida, porque los ladrones le llevaron casi todo el dinero que tenía para sus gastos ordinarios. Aún le quedaban, es verdad, algunas monedas sueltas; pero apenas le alcanzaban para llegar al fin de su viaje. Mas me contaron, si no estoy mal informado: que se vio obligado a mendigar, según viajaba, para poder vivir, porque no le era permitido vender sus alhajas. Pero mendigando y todo, adelantaba en su camino, si bien casi la mayor parte con el vientre vacío.

ESPERANZA - Pero es extraño que no le arrebataran su pergamino, con el cual debía tener entrada por la puerta Celestial.

CRISTIANO - Extraño es, en verdad, pero no se lo quitaron, aunque no fue esto debido a su

Continuará